



# La novela como historia.

## *Cien años de soledad* y las bananeras<sup>1</sup>

EDUARDO POSADA CARBÓ

Trabajo fotográfico: Mateo Pérez Correa

“No one can deceive you unless  
he makes you think that  
he is telling the truth [...]  
To be sure, no novel will  
deceive the best type of reader”.  
C. S. Lewis, *An Experiment in Criticism*  
(Cambridge, 1996, págs. 67-68)

EL TEMA DE ESTE ENSAYO me lo sugirió una entrevista con Gabriel García Márquez en un documental de la televisión británica en 1990. En este programa, el periodista barranquillero Julio Roca decide ir en busca de Macondo. Su búsqueda le conduce inevitablemente a interrogar al premio Nobel colombiano sobre la “matanza de las bananeras”, sobre los trágicos resultados de la famosa huelga de 1928 contra la United Fruit Company. La respuesta del novelista fue para mí una sorpresa. Según García Márquez, sólo un pequeño número de personas —3, 5 ó 17—, habrían muerto durante la huelga, cifras significativamente distantes de los 3.000 muertos que aparecen en su novela, la cifra aceptada hoy como verdad histórica en Colombia.

*Las bananeras —dijo García Márquez en dicho programa— es tal vez el recuerdo más antiguo que tengo... Fue una leyenda, llegó a ser tan legendario que cuando yo escribí Cien años de soledad pedí que me hicieran investigaciones de cómo fue todo y con el verdadero número de muertos, porque se hablaba de una masacre, de una masacre apocalíptica. No quedó muy claro nada pero el número de muertos debió ser bastante reducido... Lo que pasa es que 3 ó 5 muertos en las circunstancias de ese país, en ese momento debió ser realmente una gran catástrofe y para mí fue un problema porque cuando me encontré que no era realmente una matanza espectacular en un libro donde todo era tan descomunal como en 100 años de soledad, donde quería llenar un ferrocarril completo de muertos, no podía ajustarme a la realidad histórica... decir que todo aquello sucedió para 3 ó 7 muertos, o 17 muertos... no alcanzaba a llenar... ni un vagón. Entonces decidí que fueran 3.000 muertos, porque era más o menos lo que entraba dentro de las proporciones del libro que estaba escribiendo. Es decir, que ya la leyenda llegó a quedar ya establecida como historia<sup>2</sup>.*

Efectivamente, el número de víctimas se registra por primera vez en uno de los pocos diálogos de su novela:

*José Arcadio Segundo no habló mientras no terminó de tomar el café  
— Debían ser como tres mil —murmuró.  
— ¿Qué?  
— Los muertos —aclaró él—. Debían ser todos los que estaban en la estación<sup>3</sup>.*

Página anterior:

Primera edición de *Cien años de soledad*, colección de Libros raros y manuscritos, Biblioteca Luis Ángel Arango.

<sup>1</sup> Una primera versión de este ensayo fue presentada ante la Sociedad Anglo-Colombiana en el Canning House de Londres, en el St Antony's College de la Universidad de Oxford y en el Instituto Ortega y Gasset en Madrid, ocasiones en las cuales recibí útiles comentarios. Esta versión fue publicada originalmente en inglés en el *Journal of Latin American Studies* (mayo de 1998). Agradezco las sugerencias y las críticas constructivas de los tres lectores anónimos del *Journal*. Gilma Rodríguez, en el Banco de la República, Malcolm Deas, en Oxford, Ramón Illán Bacca, en la Universidad del Norte de Barranquilla, y David Bushnell, en la Universidad de la Florida (Gainesville), me facilitaron valiosos documentos. Ellos, por supuesto, no tienen ninguna responsabilidad sobre las opiniones expresadas en este artículo.

<sup>2</sup> *My Macondo*, Dal Weldon (director), (Canal 4, Londres, 1990), en el British Film Institute, Londres. Véanse también las memorias de García Márquez, “Vivir para contarlo”, en *El Tiempo*, 22 de marzo de 1998, pág. 3B.

<sup>3</sup> Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, Barcelona, 1995, pág. 375. “Eran más de tres mil — fue todo lo que dijo José Arcadio Segundo—. Ahora estoy seguro que eran todos los que estaban en la estación”, *ibid.*, pág. 382. Véanse también *ibid.*, págs. 408, 423 y 429.



Bahía de Santa Marta (Cromos, Bogotá, núm. 630, 13 de octubre de 1928).

Quizá de mayor significado para la novela es el escepticismo con el que es recibida la revelación de José Arcadio Segundo:

*La mujer lo miró con una mirada de lástima. “Aquí no ha habido muertos”, dijo. “Desde los tiempos de su tío, el coronel, no ha pasado nada en Macondo”.*

Ésta se convertiría en la “versión oficial”:

*La versión oficial, mil veces repetida y machacada en todo el país por cuanto medio de divulgación encontró el gobierno a su alcance, terminó por imponerse: no hubo muertos<sup>4</sup>.*

La historia del huracán que, en la forma de una compañía gringa de bananos, destruyó Macondo es bien conocida por los lectores de *Cien años de soledad*: Macondo era un lugar próspero hasta que llegó la explotación y la corrupción de la compañía frutera; la ola de destrucción se completó durante una huelga general, cuando 3.000 trabajadores fueron masacrados por el ejército; este episodio, sin embargo, fue borrado de la memoria colectiva: a los recuerdos de los sobrevivientes se contrapuso una falsa versión de los eventos, aceptada por los historiadores y repetida en los textos escolares: “aquí no ha habido muertos”. La historia se convirtió en leyenda. García Márquez nos revela ahora que la masacre apocalíptica descrita en su novela no ocurrió en tan dramáticas dimensiones; pero ahora la leyenda ha sido adoptada como historia.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, pág. 377.

<sup>5</sup> Como Michael Bell ha observado, existen dos líneas principales de interpretación sobre *Cien años de soledad*: una enfatiza la dimensión ficticia, la otra la visión histórica; ésta última, “generalmente por especialistas sobre la región”. Véase Bell, *Gabriel García Márquez*, Basingstoke y Londres, 1993, pág. 2.

<sup>6</sup> Michael Wood, *García Márquez. 100 Years of Solitude*, Cambridge, 1990, pág. 58.





Zona de pescadores en la bahía de Santa Marta (Cromos, Bogotá, núm. 630, 13 de octubre de 1928).

literarios. Mis interrogantes corren en dirección contraria: ¿hasta qué punto la ficción de *Cien años de soledad* ha sido aceptada como historia? Desde este punto de vista, la discusión sugerida anteriormente importa por muchas razones.

Para comenzar, el mismo García Márquez ha estimulado la idea de que su trabajo es un fiel reflejo de la realidad. “Lo que pasa —expresó en una entrevista de 1968— es que, en América Latina, por decreto se olvida un acontecimiento como tres mil muertos. Eso que parece fantástico, está extraído de la más miserable realidad cotidiana”<sup>7</sup>. Es cierto que, en relación con el número de víctimas, “García Márquez ha insistido en que la precisión en este caso nunca fue lo que más le interesó”, como lo ha observado Stephen Minta<sup>8</sup>. Sin embargo, el novelista colombiano ha sido insistente en sus ataques contra una supuesta “historia oficial”, y en sus intenciones de liderar una nueva lectura de la historia de Colombia<sup>9</sup>.

Algunos críticos se inscriben dentro de esta línea de pensamiento. De acuerdo con Gene Bell-Villada, “detrás de la meticulosidad de García Márquez al interpretar la historia y el folclor de su región existe una mayor fidelidad con la misma realidad”<sup>10</sup>. Para Gerald Martin, *Cien años de soledad* es “una lectura [...] socialista de la historia de Latinoamérica”; los eventos apocalípticos de la huelga bananera “son a todas luces *históricos*”<sup>11</sup>. Stephen Minta considera que la narración de la huelga y la masacre “coincide aproximadamente con los hechos conocidos”, aunque hay “una exageración consciente del detalle”<sup>12</sup>. Por lo menos otros dos críticos literarios —Gustavo Alfaro y Lucila Inés Mena— también han argumentado que la descripción de García Márquez de las bananeras refleja fielmente los hechos históricos<sup>13</sup>. Más recientemente, Darío Jaramillo Agudelo le hizo eco a una opinión cada vez más dominante: que la “verdad” sobre la historia de Latinoamérica se encuentra en las novelas.

*Ya desde la aparición de los caucheros en La vorágine, de las bananeras en Cien años de soledad, la verdad de la historia [...] ha tenido que ser rescatada por la ficción*<sup>14</sup>.

Los historiadores han sido más cautelosos que los críticos literarios al usar a *Cien años de soledad* como fuente histórica<sup>15</sup>. Aunque no se le desconoce. La *Introduc-*

<sup>7</sup> Citado en Anne Marie Taylor, “Cien años de soledad: History and the novel”, en *Latin American Perspectives*, 6/3 (1975), pág. 106. “Lo que yo escribo en mis libros no es literatura, sino la expresión de una verdad profunda, una realidad desesperada...”, en Jean Pierre Richard, “García Márquez y la mujer”, en Juan G. Cobo Borda (comp.), *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, Bogotá, 1995, pág. 47.

<sup>8</sup> Stephen Minta, *Gabriel García Márquez, writer of Colombia*, Nueva York, 1987, pág. 170.

<sup>9</sup> “Nos han escrito y oficializado una versión complaciente de la historia”, Gabriel García Márquez, “Por un país al alcance de los niños”, en Presidencia de Colombia, *Colombia: Al filo de la oportunidad*, Bogotá, 1994, pág. 6. Véase también su entrevista con Elvira María Samper en *Semana*, 14 de marzo de 1989. En su campaña contra la “historia oficial”, García Márquez ha pasado por alto la reciente historiografía colombiana; véase al respecto Jacques Gilard, “García Márquez o la otra historia oficial”, en *Revista Universidad Nacional*, núm. 21 (1989), págs. 43-47, y Eduardo Posada Carbó, “Usos y abusos de la historia. Divergencias con anotaciones de García Márquez”, en *Lecturas Dominicales*, *El Tiempo*, 15 de enero de 1995, reimpreso en Cobo Borda (comp.), *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, págs. 81-88.

<sup>10</sup> Gene H. Bell-Villada, *García Márquez, The Man and His Work*, Chapel Hill y Londres, 1990, pág. 107.

<sup>11</sup> Gerald Martin, *Journeys Through the Labyrinth. Latin American Fiction in the Twentieth Century*, Londres y Nueva York, 1989, págs. 227-229.

<sup>12</sup> Minta, *García Márquez*, pág. 169.

<sup>13</sup> Gustavo Alfaro, *Constante de la historia de Latinoamérica en García Márquez*, Cali, 1979, y Lucila Inés Mena, “La huelga de la compañía bananera como expresión de lo ‘real maravilloso’ en *Cien años de soledad*”, en *Bulletin Hispanique*, LXXIV (1972), págs. 379-405; y *La función de la historia en Cien Años de Soledad*, Barcelona, 1979, págs. 63-99.

<sup>14</sup> Darío Jaramillo Agudelo, “Su mejor novela”, en *Cambio* 16, 13 de enero de 1997.

<sup>15</sup> Véanse las observaciones de Catherine LeGrand en su ensayo “El conflicto de las bananeras”, en A. Tirado Mejía (comp.), *Nueva historia de Colombia*, vol. 3, Bogotá, 1989, pág. 183.

<sup>16</sup> Este libro fue publicado por primera vez en 1971; en 1978 llegaba a su novena edición. Álvaro Tirado Mejía, *Introducción a la historia económica de Colombia*, Bogotá, 1978, págs. 308-312.

<sup>17</sup> Roberto Herrera Soto y Rafael Romero Castañeda, *La zona bananera del Magdalena. Historia y léxico*, Bogotá, 1979. Véanse también: C. D. Kepner y J. H. Soothill, *The Banana Empire: A Case of Economic Imperialism*, Nueva York, 1935; C. Kepner, *Social Aspects of the Banana Industry*, Nueva York, 1936; P. Gilhodès, "La Colombie et l'United Fruit Company", en *Revue Française de Science Politique* (17), abril de 1967; Miguel Urrutia, *The Development of the Colombian Labor Movement*, Nueva Haven y Londres, 1969; Judith White, *Historia de una ignominia*, Bogotá, 1978; Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC) (comps.), *Bananeras, 1928-1978*, Bogotá, 1978. Los trabajos recientes más estimulantes sobre la historia social de la industria bananera son los de Catherine LeGrand; véanse sus ensayos "El conflicto de las bananeras"; "Campesinos y asalariados en la zona bananera de Santa Marta, 1900-1935", en Gustavo Bell Lemus (comp.), *El Caribe colombiano*, Barranquilla, 1988, págs. 183-197; y, especialmente "Living in Macondo. Economy and Culture in the United Fruit Company", en G. Joseph, C. LeGrand y R. Salvatore (comps.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of US-Latin American Relations*, Durham, 1998, págs. 333-368.

<sup>18</sup> Ninguno de los críticos literarios consultados —quienes defienden la fidelidad histórica de la novela—, parecen haberse interesado en el libro de Herrera y Romero. Me refiero a los trabajos de Martín, Bell-Villada y Minta, anteriormente citados. Excepcionalmente, Maurice P. Brungardt elogia el ensayo de Herrera Soto como "el mejor trabajo sobre la huelga". Al hacer esta observación, Brungardt no se refería a *Cien años de soledad*, sino a la obra de Álvaro Cepeda Samudio *La casa grande*. Brungardt, "Mitos históricos y literarios. *La casa grande*", en A. Pineda y R. Williams, *De ficciones y realidades. Perspectivas sobre historia y literatura colombiana*, Bogotá, 1989, pág. 63.

continúa



Ingreso a la zona de El Prado en la capital del Magdalena (Cromos, Bogotá, núm. 630, 13 de octubre de 1928).

*ción a la historia económica de Colombia*, de Álvaro Tirado Mejía, en su sección sobre la United Fruit Company, cita extensamente la descripción de García Márquez sobre algunas de las circunstancias que rodearon la huelga en Macondo. Éste es un texto popular, de amplia circulación en las escuelas secundarias de Colombia<sup>16</sup>. Y un ejemplo de cómo la novela se ha convertido en una fuente importante para el historiador. Desde otro ángulo, el estudio más comprehensivo y detallado de la huelga de 1928, escrito por Roberto Herrera Soto, difiere sustancialmente del recuento de García Márquez<sup>17</sup>. Tengo la impresión, sin embargo, de que la interpretación ofrecida por este libro ha llamado muy poco la atención<sup>18</sup>. La opinión dominante entre los historiadores se acerca más al cuadro de la zona bananera de García Márquez, aunque no se cite necesariamente a *Cien años de soledad* y se conserve cierta cautela al referirse al número de víctimas. Aun así, la monografía de Judith White —una de las pocas monografías sobre la huelga desde la perspectiva de la historia moderna— cierra sus páginas con aquel pasaje de la novela: "debían ser como tres mil muertos"<sup>19</sup>.

Los colombianos no son por lo general grandes lectores, pero sí son grandes lectores de las novelas de García Márquez. No sería una exageración decir que *Cien años de soledad* contiene hoy por hoy la "versión oficial" de los eventos de la zona bananera en la década de 1920. Una biografía reciente de García Márquez, escrita por Dasso Saldívar, expresa que desde la publicación de la novela, en 1967, "la mayoría de los colombianos empezaría a hablar de los tres mil muertos de las bananeras del Magdalena". Saldívar también enfatiza cómo estos trágicos eventos marcaron "de forma indeleble la conciencia histórica del país"<sup>20</sup>. De acuerdo con Germán Arciniegas —una figura sobresaliente a la que muchos identificarían con el "establecimiento" intelectual y la Academia de Historia de Colombia—, "Macondo es punto de referencia para la interpretación de toda nuestra historia"<sup>21</sup>.

El propósito de este ensayo es, pues, abrir algunos interrogantes a la forma como algunos críticos literarios e historiadores han aceptado como historia el recuento de García Márquez sobre la huelga de 1928 y, en general, sobre el impacto de la industria bananera en la región. Debo reiterar que no es mi intención cuestionar el uso que hace García Márquez de la historia en la novela. Mi intención es cuestionar el uso que se hace de *Cien años de soledad* como fuente histórica. Existen, en particular, tres aspectos del tema que ameritan serias reconsideraciones: el impacto económico y social de la United Fruit Company en la región; la naturaleza represiva del régimen y de la





Hospital de la United Fruit Company en Santa Marta (Cromos, Bogotá, núm. 630, 13 de octubre de 1928).

misma huelga; y la supuesta “conspiración del silencio” que siguió a la huelga, con el fin de borrar la verdad de la historia nacional. Como he discutido el primero en otro de mis trabajos, este ensayo se concentrará en los dos últimos aspectos<sup>22</sup>.

### LA MATANZA DE LAS BANANERAS

“Es probable que los dos últimos años hayan sido los de menos incidentes en la historia de Colombia”, observaba el ministro británico en su “Informe anual” de junio de 1928<sup>23</sup>.

Difícilmente podría haber previsto el enorme significado que los eventos de diciembre de 1928 adquirirían para la historia del país. Estos eventos determinarían la caída de la hegemonía conservadora, el régimen que dominó la política colombiana desde 1886 hasta 1930. Tras ellos se inauguraría la carrera de Jorge Eliécer Gaitán, el líder populista de Colombia y protagonista sobresaliente de la política del país hasta su muerte, en 1948. Estos eventos proveyeron al movimiento obrero, y más tarde al partido comunista, de símbolos y mártires en su lucha contra el imperialismo y el capitalismo. Pesaron fuertemente en la percepción de los colombianos sobre el ejército y el capital extranjero. E inspiraron la obra maestra de García Márquez.

La huelga bananera ha sido considerada como “el episodio central que le da forma a toda la novela”<sup>24</sup>. ¿Qué tan apocalípticos fueron efectivamente estos eventos? ¿Hasta qué punto fue el general Carlos Cortés Vargas —quien ordenó disparar contra los huelguistas— un militar sediento de sangre, tal como se le describe en la literatura dominante? ¿Qué tan represivo fue el régimen conservador?<sup>25</sup> Para el análisis de estos y otros interrogantes similares, es posible distinguir tres etapas en el desarrollo de la huelga y su represión: una primera etapa abarcaría los eventos que se sucedieron hasta la adopción del estado de sitio en la tarde del 5 de diciembre de 1928; una segunda etapa comprendería la acción del ejército contra los huelguistas en la madrugada siguiente, y los enfrentamientos que siguieron inmediatamente después; y una etapa final cubriría su resultado final tras los debates en el parlamento, seis meses más tarde. En la siguiente sección, propongo analizar brevemente algunos aspectos de la primera y la última etapa, antes de examinar la “masacre”, con el fin de arrojar algunas luces sobre la naturaleza “represiva” del régimen.

<sup>19</sup> El libro de White, *Historia de una ignominia*, Bogotá, 1978, fue escrito originalmente como una tesis de maestría en Oxford: “The United Fruit Company in the Santa Marta Banana Zone, Colombia: Conflicts of the 20s” (1971).

<sup>20</sup> Dasso Saldívar, *García Márquez. El viaje a la semilla*, Madrid, 1997, págs. 60-61.

<sup>21</sup> Germán Arciniegas, “Macondo”, en *El Tiempo*, 27 de febrero de 1997.

<sup>22</sup> Véanse las secciones pertinentes de mi libro *El Caribe colombiano: Una historia regional, 1870-1950*, Santafé de Bogotá, 1998. Nuevas corrientes historiográficas están ofreciendo una diferente perspectiva del papel de las compañías bananeras en otras regiones del continente. Véase Darío Euraque, “El imperialismo y Honduras como ‘República bananera’: Hacia una nueva historiografía”, ponencia presentada en la Conferencia de la Latin American Studies Association (Lasa), Guadalajara, 17-19 de abril de 1997. Véase también su libro *Reinterpreting the Banana Republic. Region and State in Honduras, 1870-1972*, Chapel Hill y Londres, 1996. Catherine LeGrand, desde otro ángulo, también ha abierto nuevos interrogantes y formulado nuevas interpretaciones sobre el papel de la United Fruit Company en el Caribe colombiano.

<sup>23</sup> “Colombia. Report for year ending June 1928”, en Public Records Office, Londres (PRO), FO371/13477.

<sup>24</sup> Martin, *Journeys through the Labyrinth*, pág. 229. Véanse también Gene H. Bell-Villada, “Banana Strike and Military Massacre: One Hundred Years of Solitude and What Happened in 1928”, en A. Giménez y G. Pistoriou (comps.), *From Dante to García Márquez: Studies in Romance Literatures and Linguistics Presented to Andon C. Piper*, Williamston, 1987, pág. 391; y Alfaro, *Constante de la historia*, pág. 89. Sobre otras novelas colombianas basadas en las bananeras, véase David H. Bost, “Una vista panorámica de las respuestas literarias a la huelga de las bananeras”, en *Revista de Estudios Colombianos*, 10 (1991), págs. 12-23. También basado en las bananeras, pero no tenido en cuenta por la reseña de Bost, es el cuento de Ramón Illán Bacca, *Si continúa*

no fuera por la zona, caramba, en Bacca, *Marihuana para Goering*, Barranquilla, s.f. (posiblemente 1978).

<sup>25</sup> La hegemonía conservadora (1886-1930) es aún uno de los períodos relativamente menos estudiados de la historia política colombiana, sobre todo en sus últimos dos decenios. Véase mi ensayo “Limits of Power: Elections under the Conservative Hegemony, 1886-1930”, en *Hispanic American Historical Review*, 77:2 (mayo de 1997), págs. 245-279, en el que ofrezco una interpretación alternativa sobre la naturaleza de la política electoral colombiana bajo el régimen conservador. Véanse también: Jorge Orlando Melo, “La república conservadora”, en *Ideología y sociedad*, 12 (1975), recientemente reimpresso en Melo (comp.), *Colombia hoy. Perspectivas hacia el siglo XXI*, Santafé de Bogotá, 1995, págs. 57-102; Malcolm Deas, “Colombia, Ecuador and Venezuela, c. 1880-1930”, en L. Bethell (comp.), *The Cambridge History of Latin America*, vol. 5, Cambridge, 1986, págs. 641-682; y Christopher Abel, *Política, Iglesia y partidos en Colombia, 1886-1953*, Bogotá, 1987.

<sup>26</sup> Sobre los orígenes de la huelga, y las demandas de los trabajadores, véanse los trabajos de White, *Historia de una ignominia*; Herrera Soto y Romero Castañeda, *La zona bananera del Magdalena*, y LeGrand, “El conflicto de las bananeras”.

<sup>27</sup> Carlos Cortés Vargas, *Los sucesos de las bananeras*, Bogotá, 1979, págs. 30-31, 68, 79.

<sup>28</sup> Ignacio Torres Giraldo, *Los inconformes. Historia de las rebeldeas de las masas en Colombia*, 5 vols., Bogotá, 1978, vol. 4, pág. 948.

<sup>29</sup> Víctor Fuentes, *Los sucesos de las bananeras*, Santa Marta, 1929, pág. 10.

<sup>30</sup> Fuentes, *Los sucesos*, pág. 11.

<sup>31</sup> G. Castañeda Aragón, *Papeles de la huelga del Magdalena en 1928*, Barcelona, 1931, pág. 10.

<sup>32</sup> CSTC, *Bananeras. 1928-1978*, pág. 95. Cortés Vargas se refirió al *Diario de Córdoba* como “el alma mater del movimiento, sus ediciones eran devoradas por el pueblo”, *Los sucesos*, pág. 69. Los historiadores, sin embargo, no han podido localizar ejemplares de este periódico; debo esta referencia a uno de los lectores anónimos que aprobó la publicación de este ensayo originalmente en el *Journal of Latin American Studies*.



Proceso de corte de racimos en la zona bananera del Magdalena (Cromos, Bogotá, núm. 639, 15 de diciembre de 1928).

La huelga bananera estalló el 12 de noviembre de 1928, después que la United Fruit Company rehusara aceptar las demandas de la Unión Sindical de Trabajadores del Magdalena<sup>26</sup>. Al día siguiente, el general Carlos Cortés Vargas, recién nombrado comandante militar de la zona bananera, llegaba a Santa Marta, de donde seguiría en tren hasta Ciénaga. Pronto recibió un regimiento de tropas desde Santa Marta, al que se uniría otro procedente de Barranquilla. Las noticias de actos de sabotaje contra el ferrocarril motivaron la acción del ejército: algunos 400 huelguistas fueron arrestados. Sin embargo, las autoridades civiles no tardaron en dejar en libertad a la mayoría de los detenidos, en contra de la voluntad de Cortés Vargas<sup>27</sup>. Según Ignacio Torres Giraldo, sobresaliente líder sindical de la época y cofundador del partido socialista revolucionario (PSR), el que ninguno de los principales jefes de la huelga hubiese sido arrestado hasta el 4 de diciembre alimentó las esperanzas de los huelguistas sobre el éxito de sus demandas<sup>28</sup>.

El gobierno, en efecto, tomó ciertas acciones contra los huelguistas, pero hay pocas evidencias de fuertes medidas represivas antes del 6 de diciembre. Más aún: las autoridades no parecen haber gozado de condiciones para imponer la ley. A fines de noviembre, por ejemplo, el gobernador del Magdalena promulgó un decreto en el que se prohibían las reuniones que obstruyeran las vías públicas. De acuerdo con el alcalde de Ciénaga, este decreto “no pudo cumplirse debido a que el número de agentes de policía era insuficiente para impedir, aun por medio de la fuerza, los centenares de obreros que obstruían las vías”<sup>29</sup>. De manera similar, una orden de arresto contra los líderes de la huelga no pudo ejecutarse. “Salvaguardados por los obreros en número considerable”, mientras se dirigían a la multitud, las autoridades sólo podían observarles a distancia<sup>30</sup>. Un inspector de policía en Sevilla sí logró impedir una manifestación pública organizada por los miembros del sindicato para debatir su causa, pero les permitió “que la propaganda se hiciera por medio de carteles murales”<sup>31</sup>.

No hubo escasez de propaganda durante la huelga. Una publicación reciente de la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC) acusa a Cortés Vargas de censurar la prensa. Cualquier intento de silenciar la prensa, sin embargo, no parece haber sido muy efectivo. La misma publicación de la CSTC reconoce la activa propaganda que, contra los oficiales del ejército, se adelantaba por medio del *Diario de Córdoba* y de “hojas volantes, afiches, pancartas, murales”<sup>32</sup>. Raúl Eduardo Mahecha —el líder más importante de la huelga y una de las figuras más sobresalientes del mo-





La cosecha de banano se transportaba en carros de bueyes desde la zona bananera hasta el ferrocarril (Cromos, Bogotá, núm. 639, 15 de diciembre de 1928).

vimiento obrero durante la década de 1920, sobre todo en el sector petrolero—sabía explotar muy bien su propia imprenta volante<sup>33</sup>. Los periódicos barranquilleros *La Nación* y *La Prensa* circulaban en la zona bananera, y sus noticias tenían eco en la prensa bogotana. Y proliferaban las hojas volantes. El impacto de estas publicaciones no debe subestimarse. “En centros como la zona bananera, donde apenas unos cuantos pueden leer—observaba un documento del departamento de estado—, estas hojas volantes se leen en voz alta a una masa pasmada e incrédula de analfabetos, a quienes la reverencia por la letra de imprenta les hace creer cualquier cosa”<sup>34</sup>.

Si por un momento se deja de lado el episodio del 6 de diciembre y los sucesos inmediatamente posteriores, el resultado final de la huelga no parecería sugerir la presencia de un régimen represivo y dictatorial, como lo llamaron algunas publicaciones<sup>35</sup>. La censura de prensa pudo haber prevalecido en la zona bananera después del 6 de diciembre hasta el estado de sitio, el 14 de marzo siguiente. Pero fuera de la zona los periódicos continuaron atacando al gobierno y al ejército, sin aparentes limitaciones<sup>36</sup>. Se subraya siempre la detención de 600 personas, quienes fueron sometidas a acusaciones criminales ante la justicia militar en enero de 1929. De ese número, sin embargo, sólo 31 huelguistas fueron condenados a penas de entre 2 y 25 años de prisión<sup>37</sup>. Más aún: todos ellos fueron dejados en libertad nueve meses más tarde tras el debate parlamentario que lideró Jorge Eliécer Gaitán<sup>38</sup>. Uno de los liberados, Alberto Castrillón, se lanzó como candidato a la presidencia de la república por el partido socialista revolucionario el 6 de diciembre de 1929, una fecha desde entonces simbólica<sup>39</sup>. Mientras tanto, Cortés Vargas y su superior, el ministro de Guerra, Ignacio Rengifo, eran relevados de sus cargos. Un informe británico criticaba duramente al gobierno por su aparente “falta de coraje para justificar una línea de acción tomada razonablemente para preservar la paz pública frente a un levantamiento organizado y abiertamente subversivo”. El retiro de Cortés Vargas y del ministro Rengifo fue descrito por el ministro británico como “un penoso acto de debilidad [...] una señal diciente de la decadencia interna de las filas conservadoras [...] un sometimiento abyecto a la voluntad de un autonombrado y desautorizado cuerpo de ciudadanos y estudiantes”<sup>40</sup>.

Esta debilidad del Estado no es reconocida suficientemente por algunos historiadores, quienes tienden a juzgar la naturaleza del régimen por las medidas tomadas por el gobierno contra la “amenaza roja”, en una campaña liderada por el ministro de Guerra. Los temores de una revolución comunista propiciaron la promulgación del

<sup>33</sup> José María Valdeblánquez, *Historia del departamento del Magdalena y del territorio de la Guajira. Desde el año de 1895 hasta el de 1963*, Santa Marta, 1964, pág. 252. Una nota biográfica de Mahecha se encuentra en Carlos Arango Z., *Sobrevivientes de las bananeras*, Bogotá, segunda edición, 1985, págs. 127-158.

<sup>34</sup> “Difficulties of the United Fruit Company in Colombia”, 17 de diciembre de 1930, Archivos Nacionales de los Estados Unidos (Aneu), Washington, RG59/821.6156. Sobre la lectura de periódicos en voz alta, particularmente *El Estado*, véase Herrera Soto y Romero Castañeda, *La zona bananera*, pág. 39.

<sup>35</sup> Véase, por ejemplo, *Bananeras, 1928-1978*, pág. 88.

<sup>36</sup> Al llegar a Barranquilla, en junio de 1929, el embajador boliviano, Alcides Arguedas, se sorprendió tras descubrir el duro lenguaje empleado por la prensa contra el presidente Abadía. Véanse sus memorias, *La danza de las sombras*, Bogotá, 1983, pág. 25. “La libertad de prensa y la libertad de expresión son hoy una constante”, se leía en el informe británico “Colombia. Report for the year ending June 1928”.

<sup>37</sup> Torres Giraldo, *Los inconformes*, vol. 4, pág. 959; Cortés Vargas, *Los sucesos*, págs. 167-168.

<sup>38</sup> Cincuenta años más tarde, Josefa María Blanco Pérez aún recordaba con gratitud la acción de Gaitán. Véase su recuento en C. Arango, *Los sobrevivientes de las bananeras*, Bogotá, primera edición, 1981, pág. 99.

<sup>39</sup> “Hoy a las cinco de la tarde será proclamado candidato comunista”, *El Tiempo*, 6 de diciembre de 1929. La candidatura presidencial de Castrillón en 1930 ha sido prácticamente dejada de lado por los historiadores. Véanse también: Torres Giraldo, *Los inconformes*, vol. 4, pág. 1005; María T. Uribe, *Los años escondidos. Sueños y rebeldías en la década del veinte*, Bogotá, 1994, pág. 310; y Medófilo Medina, *Historia del partido comunista de Colombia*, Bogotá, 1980, vol. 1, págs. 150-151.

<sup>40</sup> Colombia. Annual Report 1929, PRO/FO371/14221.





<sup>41</sup> Deas, "Colombia, Ecuador and Venezuela", pág. 661. Una visión crítica de estas medidas se encuentra en Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia, 1915-1934*, Bogotá, 1974, págs. 176-187. Sobre los buenos éxitos de la oposición, contra la campaña del ministro de Guerra, véase Abel, *Política, Iglesia y partidos en Colombia*, págs. 229-231.

<sup>42</sup> Torres Giraldo, *Los inconformes*, vol. 4, pág. 898.

<sup>43</sup> Véanse Manuel Caballero, *Gómez, el tirano liberal*, Caracas, 1994; y Deas, "Colombia, Ecuador y Venezuela", págs. 678-680.

<sup>44</sup> Herrera Soto y Romero Castañeda, *La zona bananera*, pág. 79. Herrera Soto presenta 17 estimativos distintos, incluyendo la cifra de un millar de muertos, comunicada por Pedro María Carreño, abogado de la United Fruit Company en Bogotá, al representante del gobierno de los Estados Unidos en Colombia. La carta de Caffery al secretario de Estado fue publicada en *El Espectador*, el 1° de junio de 1972. Debo este documento a la gentileza del profesor David Bushnell. Según Herrera Soto, la versión de Carreño no puede tomarse como fidedigna por basarse en rumores. Los textos más recientes de historia moderna de Colombia son, ciertamente, cautelosos frente al tema. Véanse D. Bushnell, *The making of modern Colombia*, Berkeley, Los Ángeles y Oxford, 1993, pág. 180; y Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994*, Bogotá, 1995, pág. 1220.

<sup>45</sup> Citado en Torres Giraldo, *Los inconformes*, vol. 4, pág. 966.

<sup>46</sup> 1928. *La masacre de las bananeras*, págs. 116-118; 123.

Noticia sobre los acontecimientos en el Magdalena, a finales de año (Mundo al día, Bogotá, núm. 1463, 7 de diciembre de 1928).

decreto 707 de 1927, conocido como, la "Ley heroica", por medio del cual se conferían a la policía poderes represivos contra comunistas sospechosos. En 1928, el gobierno presentó al Congreso varios proyectos de ley, calificados como "liberticidas" por la oposición. Estas medidas, sin embargo, tuvieron muy poco efecto en detener la creciente oposición contra el régimen, tanto del partido socialista revolucionario como, más significativo aún, del partido liberal e inclusive de copartidarios conservadores. Como lo ha observado Malcolm Deas, esta campaña contra la amenaza roja "no tuvo éxito y fue altamente ridiculizada"<sup>41</sup>. En la costa atlántica, "las gentes no tenían en cuenta el decreto liberticida". Las autoridades, "sobre todo en las ciudades le miraban sin darle ninguna importancia". Sólo en algunos poblados de la zona bananera —aunque "claro que no en Santa Marta ni en Ciénaga"—, las autoridades lograron ocasionalmente limitar las actividades de los sindicalistas, como Torres Giraldo<sup>42</sup>. Los historiadores y críticos literarios en busca de gobiernos represivos deberían cruzar la frontera y examinar el régimen de Juan Vicente Gómez: en Colombia no existía La Rotunda —la famosa cárcel donde Gómez enviaba a sus oponentes, donde además se les "engrillaba"<sup>43</sup>.

No hay duda, sin embargo, de que el ejército, bajo el comando del general Cortés Vargas, tomó medidas represivas en la madrugada del 6 de diciembre, acciones que desembocaron en resultados sangrientos y en la persecución de los huelguistas y sus líderes. Tal vez nunca se podrá comprobar el número exacto de víctimas. Herrera Soto ha compilado los diversos estimativos producidos tanto por los historiadores como por quienes vivieron de cerca los acontecimientos, estimativos que varían entre 47 y 2.000<sup>44</sup>. Y, por supuesto, existe la cifra popularizada por García Márquez: 3.000. Cortés Vargas reconoció que en la confrontación murieron 47 personas: de suyo una cifra considerable, reflejo de un episodio sangriento cuya naturaleza tenía muy pocos precedentes en la historia colombiana. Para el joven congresista Jorge Eliécer Gaitán, el número de víctimas no fue tan significativo como las otras acusaciones que lanzó contra el ejército<sup>45</sup>: que se trató de una acción cobarde y premeditada del ejército; que los heridos fueron "rematados con la bayoneta"; que los cadáveres fueron arrojados al mar; que los oficiales, incluido Cortés Vargas, estaban borrachos; que se obligó a las mujeres de Ciénaga a participar en orgías; que el ejército actuó no para proteger los intereses colombianos sino los de los Estados Unidos<sup>46</sup>.

# LOS SUCESOS DE LAS BANANERAS

(Historia de los acontecimientos que se desarrollaron en la zona bananera del Departamento del Magdalena.—13 de noviembre de 1928 al 15 de marzo de 1929)

POR

**CARLOS CORTES VARGAS**

General de la República—Miembro de número de la Academia Colombiana de Historia—Correspondiente del Centro de Estudios históricos de Chile—de la Academia Americana de la Historia de Buenos Aires—y del Centro Histórico de Tunja—Condecorado con la Cruz del Mérito Militar de Chile y con la Cruz de la Orden del Libertador—Autor de la obra *Participación de Colombia en la Libertad del Perú*.



Portada del libro *Los sucesos de las bananeras* del general Carlos Cortés Vargas, publicado en Bogotá, en 1929 (Imprenta de "La Luz"). Misc. 1390, colección Biblioteca Luis Ángel Arango.

Las serias acusaciones de Gaitán fueron publicadas con enorme despliegue en la prensa contemporánea<sup>47</sup>. Los relatos de Gaitán parecen haber sido una de las principales fuentes de información de García Márquez. ¿Qué tanta credibilidad puede dársele a Gaitán? Muy pocos se han formulado esta pregunta. Algunos críticos literarios, como Lucila Inés Mena —quien sostiene que *Cien años de soledad* refleja fielmente la realidad—, basan sus argumentos en las acusaciones de Gaitán, “la fuente de información más veraz [...] acerca de la matanza”<sup>48</sup>. No obstante, por lo menos el líder sindical Torres Giraldo registró en sus memorias, de manera sarcástica, cómo Gaitán clamaba haber casi concluido la investigación el mismo día de su llegada a Ciénaga<sup>49</sup>. Gaitán, después de todo, estaba motivado por intereses políticos y partidistas; razones para exagerar no le faltaban. Sus diatribas remiten a la retórica insultante de ese gran panfletario liberal que había sido José María Vargas Vila<sup>50</sup>.

<sup>47</sup> Los principales periódicos, como *El Tiempo*, publicaron los textos completos de sus discursos. Véanse: “Comenzó ayer en la Cámara el sensacional debate sobre las bananeras”, “El régimen militar cometió abusos fiscales en la zona”, “El r. Jorge Eliécer Gaitán hizo ayer terribles revelaciones sobre las bananeras”, “El r. Gaitán terminó ayer sus gravísimos denuncios sobre los crímenes de las bananeras”, en *El Tiempo*, 4, 5, 6 y 8 de septiembre de 1929. Estos discursos fueron después compilados en forma de libro, bajo el título *1928. La masacre de las bananeras*, varias veces reeditado, y ampliamente distribuido en las librerías hoy en Colombia.

<sup>48</sup> Mena, “La huelga de la compañía bananera”, pág. 73. La biografía de Saldívar sobre García Márquez es quizás el ejemplo más reciente de cómo la versión de Gaitán se acepta sin reparos, como la verdad indisputable; *García Márquez. El viaje a la semilla*, pág. 71.

<sup>49</sup> Torres Giraldo, *Los inconformes*, vol. 4, pág. 966.

<sup>50</sup> Sobre las posibles influencias de Vargas Vila en Gaitán, véase Malcolm Deas, “José María Vargas Vila”, en su libro de ensayos *Del poder y la gramática*, Bogotá, 1993, págs. 296-299. En el prólogo a la segunda edición de su libro de entrevistas *Sobrevivientes de las bananeras*, Carlos Arango cita a Vargas Vila: “[...] el odio al yanqui debe ser nuestra divisa; pues ese odio es nuestro deber; renunciar a él es renunciar a la vida”; *ibid.*, págs. 14-15. Una excepcional nota de cautela sobre la fidelidad de la versión de Gaitán se encuentra en Urrutia, *The Colombian Labor Movement*, pág. 108.





Grupo de inconformes protagonistas del conflicto de las bananeras (Tomado de: *Los sucesos de las bananeras* de Carlos Cortés Vargas, Bogotá, Imprenta de “La Luz”, 1929).

<sup>51</sup> White, por ejemplo, escasamente cita el trabajo de Cortés Vargas. Similarmente, Mena lo cita en un par de ocasiones, mientras Saldívar no parece haberse molestado en consultar el relato del general. Antes de encargarse del comando del ejército en la costa, Cortés Vargas había sido director del departamento de historia en el estado mayor general del ejército (entre 1920 y 1926). Durante este período, publicó un libro en tres volúmenes, *Participación de Colombia en la libertad del Perú*, 1924. Para una breve nota biográfica sobre Cortés Vargas, véase el prólogo de Roberto Herrera Soto a su libro *Los sucesos de las bananeras*, págs. 11-17.

<sup>52</sup> Cortés Vargas, *Los sucesos*, págs. 87-90.

<sup>53</sup> Kepner, *Social Aspects of the Banana Industry*, págs. 193-194.

<sup>54</sup> Medina, *Historia del partido comunista*, pág. 131. Fundado en 1926, el PSR fue la base del partido comunista, establecido en 1930. Sobre su fundación, véase Torres Giraldo, *Los inconformes*, vol. 4, págs. 837-848.

<sup>55</sup> Herrera Soto y Romero Castañeda, *La zona bananera*, págs. 28-30. Sobre Mahecha, véanse Arango, *Sobrevivientes de las bananeras* (segunda edición), capítulo 6, y Medina, *Historia del partido comunista*, págs. 131-133.

<sup>56</sup> Véase Uribe, *Los años escondidos*, pág. 261. La dirigencia de la huelga incluyó a otros miembros del PSR, como Erasmo Coronel y Sixto Ospino; Medina, *Historia del partido comunista*, pág. 132. Sobre el papel del PSR véase también la publicación de la CSTC, *Bananeras*, pág. 104.

En contraste con la confianza casi ciega que se tiene en Gaitán, los relatos del general Cortés Vargas reciben muy poca atención, mucho menos credibilidad<sup>51</sup>. García Márquez sí parece haber basado algunas de las descripciones de la masacre en el recuento de Cortés Vargas: el breve llamado para que evacuaran la plaza, mientras el ejército se alistaba a disparar; las respuestas de la multitud; y la orden de abrir fuego. La forma como Cortés Vargas describió tal decisión, despiadadamente, parece indicar, en efecto, cierta ingenuidad. No tuvo reparo alguno frente al curso de acción: en la noche del 5 de diciembre recibió las noticias del decreto que le confería poderes de estado de sitio; preparó a las tropas para enfrentar la multitud; a la 1:30 de la madrugada, después del golpe de tambores, uno de sus subalternos les dio cinco minutos a los huelguistas para que abandonaran la plaza; entonces dio la orden: “Fuego”<sup>52</sup>.

¿Por qué decidió el general Cortés Vargas abrir fuego contra la multitud? Cualquier examen sobre la forma como la huelga fue reprimida y sobre los motivos que determinaron la actuación de Cortés Vargas debe tener en cuenta dos interrogantes adicionales: ¿bajo qué circunstancias se desarrollaba la huelga?, y ¿en qué condiciones se enfrentó el ejército a los huelguistas?

De acuerdo con diversos estimativos, la huelga en la zona bananera incorporó entre 11.000 y 30.000 personas. Estas no eran exclusivamente trabajadores bananeros. Lo que se inició como una disputa laboral en la industria desembocó en un paro general, con el apoyo de la población local. Como lo describió Charles Kepner, la huelga “fue un movimiento de masas generalizado, que cubría todo el distrito bananero, con la ayuda de finqueros, comerciantes y otros sectores no trabajadores”<sup>53</sup>. Adicionalmente, la participación del partido socialista revolucionario (PSR) —que se tomó el liderazgo de la huelga—<sup>54</sup> le dio un tono revolucionario a los eventos. Raúl Eduardo Mahecha —cofundador y uno de los líderes del partido— firmó el “pliego de peticiones” como secretario de debates de todos los sindicatos que convocaron la huelga en 1928<sup>55</sup>. Alberto Castrillón, un activista del PSR que acababa de regresar de Moscú, se unió al movimiento en la zona, al lado de otros copartidarios que el PSR había enviado desde Bogotá y Girardot<sup>56</sup>. Mahecha revelaría más tarde la existencia de distanciamientos entre él y la dirigencia central del partido en Bogotá, donde las noticias del estallido de la huelga se recibieron con sorpresa: se le consideraba una huelga prematura. Pero una asamblea nacional del PSR se había



Situación en la que quedaron las líneas telefónicas del ferrocarril (construido en 1882) en las afueras de la población de Orihueca el 6 de diciembre de 1928, Magdalena (Tomado de: *Los sucesos de las bananeras* de Carlos Cortés Vargas, Bogotá, Imprenta de “La Luz”, 1929).

reunido en julio de 1928, cuando se aprobó la organización de una insurrección general que coincidiese con una huelga de trabajadores en la zona bananera, y que tendría lugar en 1929. La dirigencia del PSR se reunió en Chocontá con revolucionarios veteranos del liberalismo y las fuerzas de oposición al dictador Gómez en Venezuela, con el fin de coordinar una insurrección simultánea en ambos países<sup>57</sup>. Las noticias sobre el ingreso del PSR a la Internacional Comunista, divulgada el 28 de noviembre, alimentaron los temores gubernamentales de una “amenaza bolchevique”<sup>58</sup>. El 18 de noviembre, el PSR había advertido a Mahecha “no confundir la huelga con la insurrección”. Al desatarse los eventos, sin embargo, la instrucción del PSR a sus miembros fue “lanzarse a la acción directa”<sup>59</sup>.

En retrospectiva, es fácil argumentar que el gobierno reaccionó en forma exagerada frente a las “amenazas de insurrección”. Efectivamente, los periódicos de la oposición, como *El Espectador*, acusaron al gobierno de crear una revolución imaginaria. Medófilo Medina también se refiere al “novelón del gobierno”, “una farsa, montada”<sup>60</sup>. Pero las evidencias señaladas con anterioridad, casi todas provenientes de fuentes cercanas al PSR, sugieren que la huelga de 1928 no fue una simple disputa laboral. Las autoridades no sólo temían la revuelta social como resultado de una “insurrección comunista” —real o imaginada—; probablemente temían más una revolución liberal<sup>61</sup>. Para quienes tuvieron que hacerle frente a la huelga, las preocupaciones por las consecuencias del quebrantamiento general del orden y la ley eran quizá genuinas, sobre todo cuando se tiene en cuenta la debilidad de las fuerzas del Estado.

Con escasas 15 personas para guardar el orden en Ciénaga, la debilidad de la policía era notable<sup>62</sup>. Por lo que el gobierno tenía que confiar en el ejército. Cortés Vargas contaba inicialmente con 200 soldados con experiencia, y un número igual de jóvenes reclutas. A ellos se unió un regimiento de 300 antioqueños. Estas tropas relativamente escasas —a las que, no obstante, algunos historiadores se refieren como “gran contingente del ejército”<sup>63</sup>— tuvieron que ser dispersadas a lo largo de la zona bananera, aunque Cortés Vargas se resistía a dividir las. En Ciénaga, donde entre 1.500 y 4.000 huelguistas se concentraron alrededor de la plaza el 5 de diciembre, Cortés Vargas estaba al mando de 300 soldados. Estas tropas se caracterizaban quizá por las mismas condiciones que prevalecían en el ejército colombiano, tal como las

<sup>57</sup> En representación de los venezolanos asistieron Arévalo Cedeño, el general Carabaño y Pedro Elías Aristigueta. Véase Uribe, *Los años escondidos*, págs. 242-252. Las fuerzas de oposición a Gómez lideraron en 1929 una revolución frustrada. Véase Caballero, *Gómez. El tirano liberal*, págs. 289-326.

<sup>58</sup> Torres Giraldo, *Los inconformes*, vol. 4, pág. 939; CSTC, *Bananeras*, pág. 104.

<sup>59</sup> Citado en Arango, *Los sobrevivientes* (segunda edición), págs. 146, 165-166.

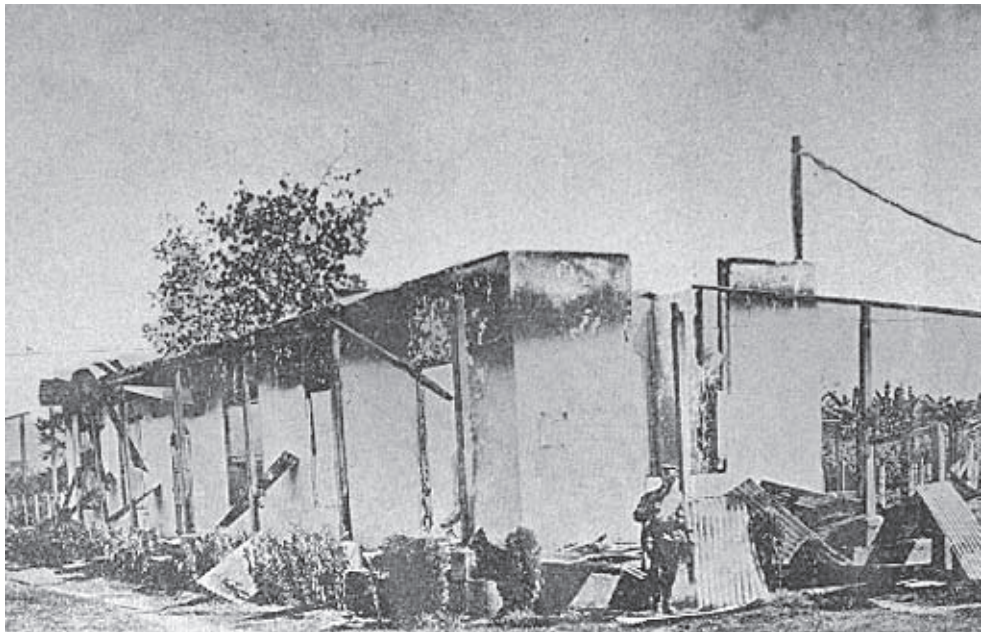
<sup>60</sup> Medina, *Historia del partido comunista*, pág. 135.

<sup>61</sup> LeGrand, “El conflicto de las bananeras”, pág. 206. Sobre las amenazas de rebeliones liberales en otras regiones colombianas durante la década de 1920, véase M. Jiménez, “At the Banquet of Civilization: The Limits of Planter Hegemony in Early Twentieth-Century Colombia”, en W. Roseberry y otros (comps.), *Coffee, Society and Power in Latin America*, Baltimore y Londres, 1995, págs. 262-294. Como Mahecha les advirtió a sus camaradas en el Congreso Sindical Latinoamericano que se reunió en Montevideo unos meses después de la huelga: “Si nosotros no hacemos la revolución, es seguro, pero absolutamente seguro, que la harán los liberales”; Arango, *Sobrevivientes* (segunda edición), pág. 143.

<sup>62</sup> Fuentes, *Los sucesos de las bananeras*, pág. 10.

<sup>63</sup> Mauricio Archila, “La clase obrera colombiana, 1886-1930”, en Tirado Mejía (comp.), *Nueva historia de Colombia*, vol. 3, pág. 236.





Oficina de agricultura de Sevilla (Magdalena) quemada en los sucesos de las bananeras el 6 de diciembre de 1928 (Tomado de: *Los sucesos de las bananeras* de Carlos Cortés Vargas, Bogotá, Imprenta de “La Luz”, 1929).

describiera un informe británico de 1928: “un conjunto medio entrenado, medio organizado y muy mal equipado”. Su nivel de armamento era “inadecuado”, y su entrenamiento “extremamente elemental”. Adicionalmente, existían rumores de insatisfacción entre los soldados rasos de Barranquilla, un bastión liberal<sup>64</sup>.

Cortés Vargas contaba, por lo tanto, con un número relativamente limitado de tropas —mal entrenadas y mal equipadas— para enfrentar lo que se percibía como una insurrección general. Tenía serios motivos para dudar de la lealtad de sus soldados”. El 2 de diciembre, una hoja volante firmada por el líder del PSR, Tomás Uribe Márquez, incitaba a los huelguistas a “organizar un movimiento de simpatía hacia los soldados”. Al día siguiente, *El Estado*, influyente periódico de Santa Marta, publicó una entrevista con el secretario de gobierno del departamento del Magdalena, quien manifestó que la presencia de los soldados antioqueños se debía a que el comando del ejército no podía confiar en los soldados locales<sup>65</sup>. El deterioro del orden público forzó a Cortés Vargas a dividir la tropa con el fin de patrullar la zona. La hoja volante de Uribe Márquez instruía a los huelguistas a “organizar la acción directa sorpresiva mediante el sabotaje de las comunicaciones [...], la intervención forzada al trabajo rompehuelgas, la destrucción de zonas bananeras”, aunque se cuidaba de advertir que éstas eran acciones defensivas que no debían convertirse en “conducta abierta de rebeldía en guerra”. También sugería que la huelga debía volverse un movimiento antiimperialista<sup>66</sup>.

Las confrontaciones directas entre los huelguistas y el ejército antes de la madrugada del 6 de diciembre fueron limitadas. Sin embargo, hubo algunos encuentros violentos. Las disputas entre los huelguistas y los rompehuelgas, como era de esperarse, fueron particularmente serias. El 4 de diciembre, ocurrieron atentados contra la propiedad, frente a los intentos de la United Fruit de reiniciar los trabajos en las plantaciones. Un grupo de huelguistas rodeó y desarmó a 30 soldados en una finca bananera. Al día siguiente, *El Estado* reportó el incidente como “una asonada bolchevique, que pide a grito herido la intervención pronta y eficaz del gobierno nacional”<sup>67</sup>. Noticias como ésta alimentaban una percepción general de desastre entre las autoridades; y las percepciones fueron tal vez más determinantes que la misma realidad en la forma como sucedieron los eventos. Tanto Cortés Vargas como el ministro de Guerra recibían constantemente noticias alarmantes. El 4 de diciembre el inspector de Sevilla informaba

<sup>64</sup> Al ejército también se le describe como “notablemente inferior a los del Perú y Venezuela, y escasamente equiparable al de Ecuador”. Véase “Colombia. Report for the year ending 1928”.

<sup>65</sup> Cortés Vargas, *Los sucesos*, págs. 66-67.

<sup>66</sup> Cortés Vargas, *Los sucesos*, págs. 66-67. LeGrand cuestiona la autenticidad de la hoja volante firmada por Uribe Márquez y sugiere que fue fabricada por Cortés Vargas; “Las bananeras”, pág. 210. Sin embargo, María Tila Uribe, hija de Uribe Márquez, reproduce el texto de este documento en sus memorias. Según ella, éste y otras cartas de Uribe Márquez fueron ampliamente leídas entre los huelguistas; *Los años escondidos*, págs. 262-263.

<sup>67</sup> *El Estado*, 5 de diciembre de 1928, citado en Valdeblánquez, *Historia del departamento del Magdalena*. Véase también Herrera Soto y Romero Castañeda, *La zona bananera*, págs. 47, 51.



“Ruinas de la casa ocupada por el señor T. P. Simmons”, en Sevilla (Magdalena). (Tomado de: *Los sucesos de las bananeras* de Carlos Cortés Vargas, Bogotá, Imprenta de “La Luz”, 1929).

que “el pueblo [había] salido armado impedir embarque [de bananos]”. Al día siguiente, un telegrama del alcalde de Ciénaga expresaba: “Inspector Corregimiento Ríofrio ha tenido necesidad de abandonar población en vista obreros discurren calles, amenazantes, armados machetes”<sup>68</sup>. Ese mismo día, un empleado del ferrocarril informaba que 5.000 hombres armados de machetes salían de Santa Marta. En los dos días anteriores, el gobernador le había enviado cables al ministro de Guerra con noticias de “graves desórdenes”, refiriéndose también a hombres armados con machetes. Cortés Vargas quizás exageraba cuando describía aquel “movimiento de amotinados, armados de machetes, revólveres y escopetas”<sup>69</sup>. Y es cierto que los machetes eran herramientas de trabajo entre los trabajadores del banano. Los machetes, sin embargo, fueron visibles durante la huelga. Salvador Bornacelli, el secretario general del sindicato en Aracataca, recordó años más tarde cómo el 5 de diciembre, mientras viajaba en el tren desde Santa Marta “donde quiera que pasábamos se veía gente con machete”, aunque, de acuerdo con un trabajador del ferrocarril, Salvador Alemán, la dirigencia de la huelga recogió 7.800 machetes que se guardaron bajo llave<sup>70</sup>.

La tarea de garantizar el orden público se hizo aún más difícil por las discrepancias entre el comando del ejército y las autoridades civiles, particularmente el gobernador del Magdalena, la máxima autoridad en la región hasta que se adoptó el estado de sitio. Inicialmente, el comandante militar confiaba en que, con el apoyo de las autoridades civiles, podía controlar la huelga<sup>71</sup>. No obstante, el 14 de noviembre se presentaban ya señales claras de desacuerdo entre Cortés Vargas y el gobernador sobre el manejo del orden público. Cortés Vargas se quejó de que su política inicial de mano firme con los líderes de la huelga se vio frustrada por la actitud del gobernador: las acciones tomadas por el gobernador habían sido contraproducentes. Los jueces liberaban a quienes eran arrestados por el ejército. Lo mismo hacía el gobernador. El alcalde de Ciénaga, de acuerdo con Cortés Vargas, apoyaba a los huelguistas, acusación que después rechazaría el mismo alcalde<sup>72</sup>. Las autoridades nacionales, distantes en la lejana capital, eran de poca ayuda. El mismo gobernador, quien se opuso a la mano firme de Cortés Vargas, se quejaba del gobierno nacional: “no se ha penetrado [del] grave peligro [de la] zona bananera, donde han encontrado campo propicio agitadores comunismo”<sup>73</sup>. El presidente de la república, de acuerdo con un observador de la época, parecía no darse cuenta de la seriedad del problema, “perdido quizá en sus sueños...”<sup>74</sup>. Más tarde Cortés Vargas se quejaría de la ambigua posición adoptada por las autoridades civiles.

<sup>68</sup> Fuentes, *Los sucesos de las bananeras*, págs. 12-13.

<sup>69</sup> Cortés Vargas, *Los sucesos de las bananeras*, pág. 80.

<sup>70</sup> Véanse sus memorias en Arango, *Sobrevivientes de las bananeras*, págs. 68 y 74. En junio de 1929, Mahecha reconoció que durante la confrontación que sucedió tras la acción del ejército en la plaza aquella madrugada del 6 de diciembre, los huelguistas contaban con “ciento siete rifles Gras y unas cien escopetas pésimamente municionadas, y algunos centenares de machetes”; Arango, *Sobrevivientes* (segunda edición), pág. 141.

<sup>71</sup> Cortés Vargas, *Los sucesos de las bananeras*, pág. 31.

<sup>72</sup> Véanse Fuentes, *Los sucesos de las bananeras*, y Cortés Vargas, *Los sucesos de las bananeras*. Las quejas de éste último contra las autoridades civiles son repetidas.

<sup>73</sup> En Castrillón, *120 días bajo el terror militar*, pág. 38.

<sup>74</sup> Castañeda, *op. cit.*, pág. 19.





Oficina de ingeniería de Sevilla (Tomado de: *Los sucesos de las bananeras* de Carlos Cortés Vargas, Bogotá, Imprenta de “La Luz”, 1929).

Argumentó que su principal deber era la restauración del orden, tanto por razones internas como externas: un deterioro mayor del orden sería la causa de “mayores males”, entre ellos una intervención de los Estados Unidos.

La orden de Cortés Vargas de disparar contra los huelguistas en la madrugada del 6 de diciembre es, sin lugar a dudas, cuestionable, y debe ser sometida al juicio de la historia. Pero los cargos según los cuales Cortés Vargas habría permitido conscientemente que la situación del orden público se deteriorara con el fin de “resolver a su antojo” el problema, que su acción fue preconcebida como “un asesinato planeado conjuntamente por él y los altos directivos de la United Fruit Company”<sup>75</sup>, no parecen encontrar apoyo en la evidencia histórica.

### ¿CONSPIRACIÓN DEL SILENCIO?

Una cuidadosa revisión de la “masacre de las bananeras” bajo los parámetros sugeridos en la sección anterior podría concluir de todas formas que el número de víctimas fue muy elevado; que, por encima de cualquier circunstancia, Cortés Vargas y el ejército se comportaron despiadadamente; que si se hubiese respondido a las demandas de los huelguistas, el conflicto se hubiese resuelto sin derramamiento de sangre; que, en último análisis, la arrogancia de la compañía bananera y su rechazo a las peticiones de los huelguistas fueron las causas reales del trágico resultado. Siempre existirán aquí interpretaciones y opiniones diversas y hasta contradictorias. Sin embargo, la tesis que sugiere que hubo una “conspiración del silencio” en el seno de la elite colombiana para suprimir la verdad de la memoria colectiva —sostenida por aquellos que se apegan a una lectura histórica de *Cien años de soledad*<sup>76</sup>— no se ajusta ni al repaso más elemental de los eventos históricos.

Para comenzar, ninguno de los protagonistas principales involucrados directamente en el conflicto permaneció en silencio. El 20 de julio de 1929, Alberto Castrillón, uno de los líderes de la huelga, envió desde la cárcel un informe completo al Congreso, en el que daba su versión de los acontecimientos, publicado en forma de libro ese mismo año: *120 días bajo el terror militar*<sup>77</sup>. A su turno, el general Carlos Cortés Vargas editó una serie de documentos con sus propias explicaciones y defensas: *Los*

<sup>75</sup> CSTC, *Bananeras*, pág. 100.

<sup>76</sup> Véanse Bell-Villada, *García Márquez*, pág. 105; y Martin, *Journeys through the labyrinth*, págs. 230 y 385.

<sup>77</sup> A. Castrillón, *120 días bajo el terror militar o la huelga de las bananeras*, Bogotá, primera edición, 1929, reimpreso en 1974. En este documento, Castrillón apelaba a los legisladores para que hicieran justicia como representantes de la república en un país democrático. Su postura fue condenada por la Internacional Comunista, cuyos dirigentes le criticaron el que hubiese “dirigido al parlamento colombiano una súplica en la cual no habla con la altivez de un militante revolucionario de la clase obrera [...] sino en la forma de un vil cortesano que implora la gracia de la burguesía”; Carta del Communist International Bureau al PSR, Moscú, febrero de 1920, en Arango, *Los sobrevivientes de las bananeras* (segunda edición), págs. 178-179.



Comisariato de Sevilla saqueado y quemado (Tomado de: *Los sucesos de las bananeras* de Carlos Cortés Vargas, Bogotá, Imprenta de “La Luz”, 1929).

*sucesos de las bananeras*, también publicados en forma de libro en 1929. Tras las acusaciones de Gaitán en el Congreso, Cortés Vargas volvió a responder en las columnas de *El Nuevo Tiempo*, las que reimprimió en un folleto: *El general Cortés Vargas contesta al representante Gaitán*<sup>78</sup>. El alcalde de Ciénaga, Víctor Fuentes, a quien Cortés Vargas había acusado de apoyar la huelga, publicó su propia versión de los eventos en julio de 1929; lo mismo haría el gobernador del Magdalena. En 1931, Gregorio Castañeda Aragón, poeta magdalenense que ocupó un cargo oficial durante la huelga, publicaba sus *Papeles de la huelga del Magdalena en 1928*, con acusaciones contra Cortés Vargas.

Por supuesto que Jorge Eliécer Gaitán ha recibido todos los créditos por haber denunciado la masacre. Ésta no fue cualquier denuncia insignificante. Ni pasó desapercibida. Gaitán llegó a la zona bananera el 18 de julio de 1929, donde se quedó durante los siguientes 10 días. Allí condujo interrogatorios masivos y pronunció “discursos frente a las multitudes”. En su viaje de regreso a Bogotá, se detuvo “dondequiera que pudo para denunciar la masacre ante una multitud creciente”<sup>79</sup>. El 3 de septiembre, tras una moción presentada por el congresista liberal Gabriel Turbay, Gaitán inició el debate que duró 15 días consecutivos en la Cámara. “Las barras —como lo describe Sharpless— estaban llenas de espectadores; masas de gente aguardaban afuera en la plaza de Bolívar para acompañar a Gaitán a su casa después de cada sesión; los periódicos publicaban sus discursos completos”<sup>80</sup>. Cualquier “conspiración” que hubiese existido para silenciar a los muertos se frustró entonces por la exitosa campaña de Gaitán. Como lo ha anotado Herbert Braun, Gaitán aseguró que ello no sucediera<sup>81</sup>.

Gaitán adquirió fama desde aquella ocasión, pero no fue el único en acusar al gobierno y al ejército de masacrar a los huelguistas. De acuerdo con Torres Giraldo, tres abogados del Magdalena —Manuel Robles, Rafael Campo y Lanao Loayza— “empezaron a hacer luz sobre el horrendo crimen”<sup>82</sup>. Algunos de sus artículos, publicados en la prensa conservadora de Barranquilla, tuvieron eco en otras partes del país, incluso en los periódicos liberales de Bogotá. “Ni siquiera se sabe a cuantos centenares ascendieron los muertos en esa carnicería unilateral”, comentaba *El Tiempo* en julio de 1929<sup>83</sup>. El 4 de septiembre de ese año, después de uno de los debates en el Congreso, el embajador de Bolivia visitó *El Tiempo*, convertido entonces en los cuarteles de la oposición.

<sup>78</sup> Los dos trabajos de Cortés Vargas se reimprimieron en un solo volumen en 1979 bajo el título *Los sucesos de las bananeras*.

<sup>79</sup> H. Braun, *The assassination of Gaitán: Public Life and Urban Violence in Colombia*, Madison, 1985, pág. 58. “Se detuvo en todas las áreas más pobladas a lo largo del camino, atacó al gobierno por sus acciones ilegales y corruptas, y le pidió al pueblo que le apoyase en el próximo debate parlamentario”. Richard Sharpless, *Gaitán of Colombia: A Political Biography*, Pittsburgh, 1970, pág. 58.

<sup>80</sup> Sharpless, *Gaitán of Colombia*, pág. 58.

<sup>81</sup> Véanse las observaciones de Braun sobre las acciones de Gaitán y la novela de García Márquez, en relación con la idea de la “conspiración del silencio”; *The Assassination of Gaitán*, pág. 211, nota 23.

<sup>82</sup> Torres Giraldo, *Los inconformes*, vol. 4, pág. 963.

<sup>83</sup> Citado en Germán Colmenares, *Ricardo Rendón. Una fuente para la historia de la opinión pública*, Bogotá, 1984, pág. 261.





Casa de habitación de los ingenieros radicados en la población de Sevilla (Tomado de: *Los sucesos de las bananeras* de Carlos Cortés Vargas, Bogotá, Imprenta de “La Luz”, 1929).

Allí Arguedas pudo saludar a Gaitán, “el orador de la tarde”, quien estaba al lado de Eduardo Santos, el director del periódico y ya una de las figuras más influyentes dentro del partido liberal. Arguedas pudo también escuchar al congresista Camacho Carreño, quien reconstruía su discurso sobre las bananeras en el Congreso, el que se publicaría, junto con el de Gaitán, al día siguiente en *El Tiempo*<sup>84</sup>. Las caricaturas, como las de Ricardo Rendón<sup>85</sup> —así como los escritos de otros periodistas y políticos—, también son testimonios de la falta de “silencio” que siguió a los acontecimientos.

Por el contrario. Lo que ocurrió en Ciénaga aquel 6 de diciembre de 1928 fue casi inmediatamente foco de controversia pública. Poco tiempo después, la “masacre” se convirtió en símbolo político, hábilmente utilizado tanto por los liberales como por los socialistas revolucionarios contra el régimen conservador. Inclusive conservadores disidentes lo usaron para atacar al gobierno: el 19 de mayo de 1929, *El Espectador* publicó una entrevista con el cacique conservador Pompilio Gutiérrez, quien se refirió a Cortés Vargas como una “fiera”, responsable de haber asesinado a mil personas. “Abajo el asesino de las bananeras”, se leía en un cartel que llevaban los manifestantes que se reunieron en las calles de Bogotá al mes siguiente. De acuerdo con María Tila Uribe, las bananeras gravitaron sobre todos los eventos políticos de Colombia entre 1929 y 1930<sup>86</sup>.

El primer aniversario de la “masacre” no pasó de ninguna manera inadvertido. El 4 de diciembre, *El Tiempo* publicó textualmente un informe de Gaitán en el que se acusaba al presidente Abadía de ser constitucionalmente responsable de la “matanza de las bananeras”<sup>87</sup>. El 6 de diciembre, el mismo periódico informaba que la Unión Obrera de Colombia, así como otras organizaciones obreras, invitaban a los trabajadores a unirse al “primer aniversario del salvaje asesinato perpetrado en millares de vidas de nuestros hermanos de la Zona Bananera”<sup>88</sup>. A las 5 de la tarde de ese día, “una gran masa de obreros y elementos izquierdistas” se reunía en el parque Santander, de donde saldrían marchando a lo largo de la calle real hasta alcanzar el capitolio. Allí escucharon un discurso de Felipe Lleras Camargo, miembro de la elite bogotana que simpatizaba con el socialismo. La manifestación siguió su camino hasta el Teatro Municipal, donde se lanzaría la candidatura presidencial de Alberto Castrillón, uno de los líderes de la huelga<sup>89</sup>.

Si hubo alguna “conspiración del silencio”, ésta se vio frustrada y no parece haber tenido efecto. La matanza de las bananeras fue pronto objeto de acusaciones de prensa, debates en el Congreso y manifestaciones callejeras. Las actividades de la

<sup>84</sup> Arguedas, *La danza de las sombras*, págs. 78-80.

<sup>85</sup> Véase Colmenares, *Ricardo Rendón*.

<sup>86</sup> Uribe, *Los años escondidos*, pág. 293.

<sup>87</sup> “La responsabilidad constitucional del presidente Abadía en la matanza de las bananeras”, *El Tiempo*, 4 de diciembre de 1929.

<sup>88</sup> “Hoy a las cinco de la tarde será proclamado candidato comunista”, *El Tiempo*, 6 de diciembre de 1929.

<sup>89</sup> “El candidato comunista fue proclamado en el Municipal”, *El Tiempo*, 7 de diciembre de 1929. *El Tiempo* publicó en esta edición el texto completo del discurso de Castrillón.

oposición no fueron inútiles. Tanto el ministro de guerra, Ignacio Rengifo, como el general Cortés Vargas fueron removidos de sus cargos, aunque no inmediatamente después de la matanza. Los frutos políticos de la oposición los recogió el partido Liberal y no el PSR. Como ya se anotó, la exitosa carrera de Jorge Eliécer Gaitán se debió en gran parte a la fama que adquirió por sus intervenciones en el debate sobre la “matanza de las bananeras”. Quizá de mayor significado, el régimen no permaneció políticamente inmune. El 9 de febrero de 1930, un liberal, Enrique Olaya Herrera, derrotaba a un desmoralizado y dividido partido conservador. Se ponía fin así a medio siglo de hegemonía política.

## CONCLUSIONES

En 1989, cuando se publicó su novela sobre Bolívar, *El general en su laberinto*, García Márquez reconoció que él nunca había trabajado antes con datos históricos. “Lo había trabajado periodísticamente —añadió—, pero eso de rastrear hasta el fondo no lo había hecho”<sup>90</sup>. Sin embargo, algunos críticos literarios, como Gene Bell-Villada, quieren hacernos creer que *Cien años de soledad* es “la quintaesencia de la historia de América Latina”. La idea de que las novelas son históricamente más fidedignas que la misma historia tiene una larga tradición en la región. “La novela latinoamericana —escribió Germán Arciniegas en 1952— es en lo general un documento más exacto que la historia”<sup>91</sup>.

Existen tendencias historiográficas y literarias que niegan las diferencias entre la historia y la literatura: desde esta perspectiva, todas las lecturas del pasado son igualmente ficticias<sup>92</sup>. Sin embargo, como ha observado Alan Knight, “las narrativas históricas no son equivalentes a los textos de ficción; pertenecen a géneros distintos”: “el realismo mágico puede servir en la literatura, pero es el beso de la muerte para la historia y las ciencias sociales...”<sup>93</sup>. La actitud del historiador frente al pasado tiene que ser diferente. “La poesía de la historia —anotaba Trevelyan— no consiste en la imaginación desbordada, sino en la imaginación en búsqueda de los hechos y controlada por ellos”<sup>94</sup>. La poesía de *Cien años de soledad*, en contraste, se basa en la imaginación exagerada de los hechos. Como lo admitió en la entrevista que inspiró este ensayo, García Márquez no podía “ajustarse” a la realidad histórica en relación con el número de víctimas de la huelga de 1928<sup>95</sup>.

Estos comentarios no quieren sugerir que la literatura deba disociarse completamente de la historia. Ni tampoco quieren desconocer que *Cien años de soledad* puede servir para entender el sentido del pasado colombiano. Sin embargo, como este ensayo ha querido demostrar, existen serios interrogantes sobre el uso de la novela como fuente histórica, en particular para interpretar los complejos eventos de la huelga de 1928. “Nos complacemos en el ensueño de que la historia no se parezca a la Colombia en que vivimos, sino que Colombia termine por parecerse a su historia escrita”, así se expresó García Márquez en uno de sus recurrentes ataques contra la supuesta “historia oficial” del país<sup>96</sup>. Aquí la paradoja es que, desde la publicación de *Cien años de soledad* en 1967, la percepción colombiana de las bananeras comenzó a parecerse no a la “Colombia que vivimos” sino a la “historia escrita” por el novelista.

“Nunca es bueno olvidar la verdad que subyace en toda investigación histórica —concluía Herbert Butterfield en su clásico ensayo—, la verdad de que toda historia requiere perpetuamente ser corregida por más historia”<sup>97</sup>. Siete decenios después que los eventos de las bananeras tuviesen lugar, ha llegado quizás el momento de dejar las pasiones a un lado y reescribir otra vez todo el episodio. El resultado de tal empresa quizá resulte igualmente trágico, pero tal vez se logre una visión más balanceada de la historia nacional, menos apocalíptica, sin héroes ni villanos, pero con un mejor entendimiento de los conflictos que enfrentaron a los colombianos en el pasado.

<sup>90</sup> Entrevista con María Elvira Samper, en *Semana*, 14 de marzo de 1989.

<sup>91</sup> Germán Arciniegas, *Entre la libertad y el miedo*, Bogotá, 1996 (publicada originalmente como *The State in Latin America*, en 1952), pág. 39.

<sup>92</sup> Véase, por ejemplo, Hayden White, *Tropics of Discourse. Essays in Culture Criticism*, Baltimore y Londres, 1978. Un recuento crítico sobre la distinción entre la historia y la ficción se encuentra en Richard J. Evans, *In Defence of History*, Londres, 1997.

<sup>93</sup> Alan Knight, *Latin America. What Price the Past? An Inaugural Lecture delivered before the University of Oxford on 18 November 1993*, Oxford, 1994, pág. 32.

<sup>94</sup> Citado en Evans, *In Defence of History*, pág. 250. Véase también Trevelyan, “History and Literature”, en *History*, vol. IX, núm. 34 (1924), págs. 81-91.

<sup>95</sup> *My Macondo*, dirigido por Dan Weldon (Canal 4, Londres, 1990), British Film Institute, Londres.

<sup>96</sup> García Márquez, “Por un país al alcance de los niños”, pág. 6.

<sup>97</sup> H. Butterfield, *The Whig Interpretation of History*, Nueva York y Londres, 1965, pág. 131. Véanse también los comentarios de M. Bloch, *The Historian's Craft*, Manchester, 1992, pág. 48.